

María Luisa Rodríguez Muñoz, *Traducción intercultural y «Boom» de los 60. «Pantaleón y las visitadoras»*, Madrid, Síndesis, 2019, ISBN 978-84-16262-96-0, 256 páginas.

Apenas pasaron 5 años entre la publicación original de *Pantaleón y las visitadoras* de Mario Vargas Llosa y su traducción al inglés o, por mejor decir, su trasvase a un sistema cultural, idioma incluido, con notables diferencias, que ya comienzan en la propia elección del título de la versión: *Captain Pantoja and the Special Service*. El cambio, es obvio, resulta problemático y bien merecía un estudio como el que le dedica la profesora de la Universidad de Córdoba María Luisa Rodríguez Muñoz.

En 1973, cuando aparece la novela, Vargas Llosa ya es un escritor de éxito, asentado en Europa y en un profundo cambio ideológico que reorienta su compromiso político a posiciones marcadamente liberales; su literatura no permanece ajena a estos cambios mientras se consolida con una personalidad propia en el marco del *boom* iniciado en la década precedente, con una línea que, desde 1963 y *La ciudad y los perros*, propone una vía narrativa fuertemente experimental, pero alejada de los tópicos del realismo mágico.

En 1978, en los Estados Unidos que promueven y acogen la traducción estudiada, siguen operando los criterios y las iniciativas ligadas en su origen a la política de «buena vecindad» de Roosevelt para con las naciones del sur, acentuada y actualizada por la urgencia de oponer frenos y alternativas a la expansión ideológica de la revolución cubana. Todo ello se tradujo en un impulso al aprendizaje de la lengua española y un fomento de la traducción con una política editorial acomodada a la política general. En este marco se inscribe la selección de obras idóneas para una versión accesible y eficaz dirigida al público lector estadounidense, pero también los criterios que se aplican en la traducción para hacer más asimilable el producto resultante.

La autora de este estudio parte de un postulado que explicita con rotundidad al abrir sus conclusiones: «la traducción perfecta no existe» (p. 214). Lo que puede tomarse como una posición negativa se convierte, sin embargo, en un principio operativo, que conduce a buscar una respuesta en torno a dos preguntas derivadas de la constatación de las diferencias entre el texto original y su traducción: ¿cuáles son las razones que, más allá de las estructuras lingüísticas y la competencia del traductor, mueven los cambios observados?; ¿cuál puede ser el modo más acertado de minimizar las pérdidas y deturpaciones en el proceso de verter un discurso lingüístico (que es también cultural) a otro idioma (y a otra cultura)? Esta formulación orienta el trabajo de análisis y articula su plasmación en una monografía valiosa por varias de sus facetas.

En las citadas conclusiones del estudio se combinan el diagnóstico y la prescripción, si usamos términos médicos paralelos a una disciplina que, a diferencia de las demás de su campo, no permanece en el nivel del análisis de una realidad dada (un texto literario, una obra plástica, un vestigio arqueológico, un documento histórico...), sino que se exige una propuesta de mejora. En el primer nivel, el minucioso repaso de las soluciones adoptadas en la traducción se materializa en un dictamen inapelable: «pese a las laudables muestras de creatividad traductora que exhiben los mediadores, la versión estadounidense de los diálogos de los bajos fondos de la novela queda en un segundo plano. Esto se aprecia, por ejemplo, en la invisibilidad de técnicas sintácticas y narrativas esenciales en el relato» (pp. 217-218). De la evidencia de esta realidad surge la propuesta traductológica, precisa y definida en una de las opciones abiertas a la

traducción como proceso de traslado, pero también de reelaboración y recodificación de un texto y de sus implicaciones contextuales, donde encuentra su definición última: «Partiendo del presente análisis, apostaríamos por una reescritura más fiel y extranjerizante hasta el límite que la fluidez y la viveza del diálogo lo permitiese a fin de trasladar la elaborada técnica narrativa que refleja el texto de Vargas Llosa» (p. 218). En la afirmación se encierran las claves que orientan y modulan el presente estudio: la noción de reescritura, los elementos de connotación ideológica y cultural, y la condición específica e ineludible de texto literario.

Siguiendo la metodología implícita en este programa, los dos capítulos iniciales, los más breves, ceñidos a lo esencial, se dedican a trazar las líneas maestras del contexto de traducción, definido por un fenómeno literario (el *boom*), un proceso geopolítico (el de la reconfiguración de lo latinoamericano), un marco general (la guerra fría) y un escenario específico (el de la escasa tradición estadounidense en la práctica traductológica). Con ellos, la autora deja al lector interesado unas valiosas pautas interpretativas con las que abordar de una manera más productiva el análisis de las decisiones de traducción, no limitadas al grado de competencia profesional de quien la aborda.

La consideración del panorama en que se inscribe el texto meta se complementa con un análisis más demorado y específico de las características del texto origen, comenzando por sus rasgos literarios. En primer lugar, se ubica la obra en las coordenadas de la trayectoria creativa del novelista y de su constante voluntad de experimentación. Desde ella el análisis se traslada a la disección de la obra en términos de modelos o géneros discursivos, poniendo de manifiesto su esencial carácter polifónico, y no solo por la confluencia de registros dispares (desde la retórica burocrática a los indigenismos, de la escritura a la oralidad); así se pone de manifiesto el valor inexcusable (y no solo en términos de estilo) de la alternancia de variantes que incluyen, entre otras modalidades del discurso, narraciones y diálogos, informes y cartas, partes militares y otros documentos administrativos, cada uno de ellos con sus peculiaridades lingüísticas. Hacia ellas se conduce el análisis, con vistas a concretar la evaluación de las opciones traductológicas, pero el camino a este fin se traza desde la consideración de todos aquellos planos y componentes que desbordan la mera función denotativa del lenguaje. Se atiende así a elementos tan determinantes en la configuración de un texto como la presencia de *culturemas* o la introducción de frases hechas, el componente de oralidad o la voluntad de realismo, pero también la presencia del humor y el erotismo, que es bien sabido cuánto deben a los sobreentendidos y la connotación, o, por decirlo en los términos acuñados por Dámaso Alonso para caracterizar la poesía de Góngora, a la alusión y la elisión, tan fundamentales para los procedimientos estéticos como para los que, freudianamente, juegan con la burla y la sexualidad. Para establecer la pertinencia de estos aspectos y su incidencia en la definición de una práctica traductológica, María Luisa Rodríguez hace un examen riguroso y revelador de los mecanismos de producción de sentido (informativo y literario) en la novela, al tiempo que define de manera implícita los pasos de una metodología, válida para el escrutinio de un texto traducido, pero también para orientar de manera adecuada un proceso de traducción.

Se alcanza tras estas consideraciones el cuerpo central del estudio, consistente en una pormenorizada disección de las soluciones elegidas en la versión estadounidense de la novela, en comparación directa con su texto de origen. En esta fase del trabajo se aplican con pertinente eficacia los esquemas habituales en los mecanismos de caracterización de un enunciado lingüístico y en la comparación con su versión

traducida, a través de sus distintos niveles: léxico, sintáctico y semántico. Una razón de su productividad en este estudio es la opción, coherente con las observaciones previas, de renunciar a una caracterización unitaria de la obra y atender a la variedad de sus modalidades discursivas, con la selección de una veintena de pasajes de la novela tan significativos como problemáticos desde la perspectiva traductológica. Con las premisas ya expuestas acerca del contexto de traducción y la naturaleza de su objeto, las observaciones lingüísticas devienen en interpretaciones, y estas se convierten en precisos elementos de valoración. El mecanismo de realización y exposición del análisis muestra en los diversos fragmentos aciertos y equivocaciones, que matizan la valoración al tiempo que la establecen y permiten la conclusión señalada.

El estudio de María Luisa Rodríguez es una demostración palmaria de la complejidad de la traducción como mecanismo de reacomodación de un enunciado a un contexto distinto al original, con una diferencia en la que los códigos gramaticales pueden ser, incluso, de menos trascendencia que los culturales en su sentido más amplio, desde la antropología a la política. Y cuando se trata de un texto literario, con su funcionamiento en un espacio en que lenguaje y cultura se hibridan, la complejidad se agranda de manera exponencial, reclamando de las competencias del mediador un incremento paralelo. Por si permaneciera alguna duda al respecto, tras la lectura de estas páginas resulta indiscutible que los de la traducción no son problemas mecánicos y, por lo tanto, resolubles por una máquina programada; hoy por hoy, al menos, y en lo que se refiere a usos masivos, industrializados, de productivismo inmediato, como se aprecia en los traductores disponibles en la red.

Sí nos sirve la noción de algoritmo popularizada por la extensión de estas herramientas y otras similares para reconsiderar de manera apreciativa la aplicación artesanal (incluso diríamos artística) de lo que consiste en una esquematización del pensamiento cuando se reduce a fórmulas. Hasta definirse como «conjunto ordenado y finito de operaciones que permite hallar la solución de un problema» (DRAE), los procedimientos algorítmicos se plantean como la consideración de una multiplicidad de variantes que, en secuencia o en concurrencia, inciden en una realidad y que reclaman un análisis sistematizado y preciso para darles una respuesta. ¿Es otra cosa el examen del texto origen en toda su complejidad con vistas a reescribirlo en otra lengua y en otro contexto? Visto así, lo que la autora, que comienza apelando a la teoría de los polisistemas, propone en su estudio es un algoritmo complejo (léase metodología de trabajo) que tenga en cuenta y respete la «originalidad cultural» (p. 214) de un objeto textual, aunque no tenga la densidad literaria y las particularidades discursivas de *Pantaleón y las visitadoras*; pero también que, con una similar consideración del contexto de llegada, permita el adecuado funcionamiento de la nueva versión. Podría concluirse que se trata de una más en la serie de respuestas a los eternos problemas de la traducción, encerrados en el reto de establecer un equilibrio pertinente entre la fidelidad al texto original y su adaptación a los requerimientos de su contexto meta. No obstante, por la coherencia de sus procedimientos y por la productividad de sus resultados, habría que añadir que se trata de una respuesta valiosa. Lo es, sin duda, para traductores y traductólogos, pero también, y no carece de trascendencia, para críticos literarios y, en general, para quienes se sitúan en campos disciplinares relacionados con el estudio de los procesos culturales. No es decir poco.

Pedro Ruiz Pérez
(Universidad de Córdoba)